

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 134.—1.º de Octubre de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña E. C. de Q. Damos las gracias por su incansable caridad, que le ha hecho enviarnos nueva remesa de ropita usada para niños.

Una sirviente. Le agradecemos la ropa usada que remite. El óbolo del pobre tiene mas precio á los ojos de Dios, que las preseas de los ricos.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á:

Sra. de Soto, por hilas.

Doña J. L. de G., por hilas.

Doña C. M. de J., por hilas.

Los párvulos de la escuela de Chamberí, por hilas.

Una viuda, por trapos.

D. Manuel Alvarez, por hilas y trapos.

Doña E. S. de S., por hilas.

D. F. F., por hilas y vendas.

Doña Josefa Soroa, por trapos.

LOS ANIVERSARIOS DEL DOLOR.

Costumbre muy arraigada y antigua es el dar cierta solemnidad á cada año que va cumpliéndose desde la fecha de un suceso nota-

ble en la vida de familia de cada uno. El día del nacimiento, el del matrimonio, el de la muerte y los demás acontecimientos principales de nuestra existencia y de la de otras personas que nos son queridas, vienen á ser recuerdos, ya dolorosos ya alegres, que forman épocas interesantes, por mas que realmente no son sino un día como los demás, sobre el cual han pasado otros 365.

Lejos de querer nosotros quitar importancia á estas prácticas es conveniente dársela, porque en ellas entra por mucho el amor de la familia y el de la amistad afectuosa, elementos muy necesarios para la ventura doméstica y social.

Si el aniversario es de un suceso fausto, parece que al recordarlo de un modo solemne, se reproduce algo de la felicidad que ese suceso nos hizo experimentar en su día; y si es de acontecimiento triste, las lágrimas y suspiros que el recuerdo arranque, pasadas ya por el tamiz calmante del tiempo, tienen cierta dulzura melancólica, que, sin extinguir el dolor, lo deja ya atenuado y sin la agudeza punzante de los primeros momentos.

Por lo demás, las felicitaciones, lo mismo que los pésames, aunque muchas veces, quizás la mayor parte, quedan reducidas á simples fórmulas de cortesía social, también otras veces, y respecto á ciertas personas, son espresiones de simpatía y demostraciones de verdadera amistad á que nadie puede ser insensible ni indiferente.

Pero en el modo de celebrar tristes ó alegres aniversarios hay variedad de sistemas, según el carácter de cada persona y según los usos de cada país. Lo mas generalizado son las fiestas y regocijos cuando se trata de felicitaciones que atraen numerosa concurrencia de amigos. No sucede lo mismo, sin embargo, cuando se trata de sucesos tristes: entonces, como el dolor ajeno, atenuado ya por el tiempo para la persona interesada, apenas causa impresion á las estrañas, suelen estas dejar á aquella en cierto triste aislamiento, apenas interrumpido por espresiones de simpatía de algunos amigos, en las cuales suele entrar por mas la costumbre que el interés cariñoso y verdadero.

Esta es la prosa vulgar del aniversario; vana fórmula para unos, débil consuelo para otros, é inútil é improductivo para todos, porque quien tiene su alma templada al calor de cierta delicadeza y profundidad de sentimientos, no ha de quedar satisfecho en esos días memorables, por las fugaces impresiones de una fiesta ó por la simple ceremonia de una visita.

Hay, sin embargo, en las personas de esa clase de sentimientos otra costumbre mas notable, mas provechosa y mas digna de imitarse: consiste en celebrar los aniversarios con hacer bien á los po-

bres, repartiéndoles oportunos socorros. Esto entraña cierta tendencia especial que da mas valor á la caridad que se ejerce.

En efecto, en esos dias de recuerdos está naturalmente mas escitado el sentimiento del que por ellos goza ó padece, y es natural querer asociar los demás á nuestro placer ó nuestra pena.

La persona de buen corazon, que celebra, por ejemplo, su cumpleaños ó el de un hijo suyo, siente, aunque sin darse quizás razon de ello, un movimiento de gratitud hácia la Providencia divina, ordenadora de la marcha de todos los sucesos humanos; y bajo esa impresion de agradecimiento instintivo, natural y facil es que pretenda hacer algun bien para satisfacer en socorro á los pobres la deuda contraida con Dios.

Por otra parte, cuando el hombre está en situaciones venturosas por hechos presentes ó por recuerdos pasados, se siente mas inclinado al bien y á la benevolencia: la felicidad podrá hacer egoistas por irreflexion, nunca malvados con propósito de serlo, cual puede suceder cuando el dolor desespera y perturba los buenos impulsos del corazon.

En cuanto á los recuerdos de lágrimas, pueden producir otro impulso todavía mas delicado. El alma dolorida, al conmemorar desgracias pasadas, parece que experimenta algun consuelo en que su pena no halle indiferencia completa, y para ello escoge el mejor de los medios de atraer simpatías, que es hacer corazones agradecidos. Inspirándose al mismo tiempo en un sentimiento sublime y humanitario se dice á sí misma: «Puesto que yo sufro, aliviemos el sufrimiento de los demás: consolando el dolor ageno, amortiguaré el mio; y las puras oraciones de corazones agradecidos serán plegaria fervorosa y aceptable ante Dios en mi favor.»

Si en esto hay cierto sutil sentimiento de interés y de egoismo, benditos sean egoismos tales: si buscamos un placer para consuelo, de seguro es el placer mas puro y el consuelo por escelencia despues del religioso, que es siempre el mas eficaz.

Almas privilegiadas hay que han hecho provechosa experiencia de este sistema, esmerándose en que las fechas de sus grandes desventuras se solemnicen con socorros á los pobres. Una persona conocemos, que no se alarma al leer esto: ni la nombraremos porque sabemos su exagerada modestia, ni diremos siquiera si es muger ú hombre, de Barcelona, de Madrid, ó de otra parte; una conocemos que, contando en su vida pasada terribles fechas de dolor, valerosa y santamente sufrido, tiene la buena costumbre de disponer socorros oportunos á familias pobres, pero con encargo de que se entreguen precisamente en esos dias, y así puntualmente se verifica.

No tratamos, ni es fácil, penetrar en las profundidades de lo que esa alma generosa y buena siente al obrar así, pero no es difícil comprender que debe recibir una melancólica satisfacción al considerar que los pobres socorridos, asociándose á su desgracia en el día que la recuerda, bendicen á la bienhechora desconocida y piden por ella á Dios, supremo dispensador de consuelos.

Imitar ese ejemplo, seguir esa práctica, no es recomendar un sacrificio; es solo presentar una muestra, hacer una indicación de la mejor receta para calmar las grandes heridas morales del corazón. Puesto que la naturaleza humana, salvo algunas excepciones, harto sublimes para ser comunes, lo que busca es el placer y evitarse toda la parte de dolor que le sea posible, los aniversarios celebrados de este modo son un gran recurso para disminuir ese reguero de lágrimas y de amargura, que deja el recuerdo del dolor pasado, y son la mejor antítesis de la envidia rencorosa que tiene pena por el goce de los demás, y del egoísmo brutal, que quiere para sí solo todas las satisfacciones que la fortuna le depara.

El que lo dude ó lo tenga por un subterfugio ingenioso para sacar dinero en favor de los pobres, que haga la prueba: ella le convencerá mejor que nuestras palabras.

Antonio Guerola.

LA CARIDAD CON LOS PRESOS.

De cuantas necesidades tiende á socorrer la caridad bajo sus múltiples y variadas formas, pocas habrá tan dignas de atención y remedio como las que sufren los infelices privados de libertad personal en castigo de faltas, delitos ó crímenes mas ó menos graves. Como frecuentemente los que á tan miserable estado llegan, pertenecen á las clases menos acomodadas y menos instruidas de la sociedad, raro es que ellos ni sus familias, cuando las tienen (que no pocas veces el criminal está aislado como el maléfico hongo) puedan subvenir á sus harto modestas necesidades, mucho mas cuando la prision les impide el ejercicio de los oficios ó industrias en que, con mayor ó menor legitimidad, libran su sustento. Los establecimientos penitenciarios, por otra parte, y muy especialmente en nuestro desdichado país, carecen de organización y medios suficientes para los fines á que están destinados, pues no sólo son inseguros, como lo prueban frecuentes y escandalosas evasiones, sino que tampoco, según está en la conciencia de todo el mundo, reúnen condiciones algunas para la corrección y mejoramiento de los presos, y lo que es mas,

ni siquiera alcanzan, en épocas de penuria cual la que atravesamos, á suministrar á aquellos infelices sano y suficiente alimento ni humilde vestidura que los cubra y abrigue. De la realidad de este último, que pudiera pasar por exagerado aserto, responden tambien los clamores y polémicas, de que diariamente se hace eco la prensa periódica, en el asendereado asunto de la absoluta y larga privacion de recursos que de mucho tiempo á esta parte padece la Junta de cárceles de Madrid.

Y sin embargo, como decíamos al comenzar, pocas necesidades serán mas dignas de las atenciones de la caridad que las del preso, á quien la sociedad, si ha de tener derecho á llamarse tal sociedad, debe, no sólo el cuidado de su mantenimiento físico, sino el mas humano y trascendental de su mejoramiento moral, á fin de que, mediante ambos, se procure su correccion y rehabilitacion que haga posible rescatarlo, á la vez que de la pena, de la disposicion á la reincidencia.

La manera en que mas eficaz y generalmente puede aplicarse la caridad á esta, como á otras muchas necesidades, es sin duda la asociacion, que multiplica á la vez los recursos, y las fuerzas de quienes han de distribuirlos. Esta verdad, si no enunciada y comprendida precisamente en los mismos términos, hoy notorios, fué sin embargo recibida y practicada desde muy antiguos tiempos por muchas de las hermandades, cofradías y otras asociaciones análogas, que á la sombra, bajo la direccion y en gran provecho de la Iglesia, dedicábanse á ejercitar alguna ó varias obras de misericordia.

Una de esas asociaciones, y seguramente de las mas antiguas entre las de su instituto, fué la fundada en Salamanca por los años de 1537. Reunidos los nobles señores D. Pedro Curbena, D. Francisco Medrano, D. Juan Rodriguez, D. Alonso de Porras, D. Juan de las Peñas, D. Alonso de Paz, D. Sebastian Perez, D. Alonso Ortiz, Don Alonso Maldonado, D. Gonzalo Pedrosa, D. Francisco Bello, D. Lope de Guzman, D. Lope de Paz, D. Luis de Solís, D. Francisco del Acevo, D. Martin Galarza, D. Diego Villadrando, D. Alonso de Miranda, D. Diego Fromesta, D. Bernardino de Bobadilla, D. Francisco Ortiz, D. Juan de Porras, D. Diego de Tapia y D. Luis de Villasán, y juntos en la capilla de San Miguel de la parroquial iglesia de San Martín de la citada Salamanca, precedida Misa del Espíritu Santo, ordenaron, establecieron y juraron ciertas constituciones, «dirigidas á honra y gloria de Dios y servicio suyo, y para bien y remedio de los que por infelicidad se hallasen detenidos y presos en la Real Cárcel de dicha ciudad.» (1)

(1) Dorado, *Compendio histórico de la ciudad de Salamanca*, cap. LIII.

Presentadas aquellas constituciones en público consistorio, nombró el Ayuntamiento para revisarlas á los caballeros regidores Don Pedro de Zúñiga y D. Pedro Solís, quienes hubieron de emitir favorable dictámen, puesto que fueron aprobadas en un todo, de lo que dió testimonio Pedro Cornejo y Pedrosa, escribano público de S. M.; y para que los mencionados estatutos lograsen mayor firmeza y validacion, solicitóse y se obtuvo que fueran confirmados por el Emperador Carlos V en 18 de agosto del propio año 1537.

Duradera y fecunda fue la benéfica idea planteada por los nobles caballeros salmantinos, y no hubo de faltarle el concurso y proteccion de otros de sus conciudadanos y sucesores. Así, por ejemplo, vemos que en 27 de enero de 1562 Diego de Valladolid y Luisa de la Peña, su mujer, en el testamento que otorgaron ante Pedro Carrizo, escribano público y de los del número de Salamanca, hicieron á los pobres de la cárcel un legado de 6.000 maravedís de renta anual, que habian de cobrar los nobles veinticuatro de aquella ciudad, con carga de asistir todos los años á una Misa cantada, que habia de celebrarse el 25 de julio en la capilla de la Consolacion del convento de San Agustin, por el alma de los donantes, quienes habian erigido esta capilla, de la cual eran patronos el Guardian de San Francisco y Prior de dicho convento (1).

Continuó prosperando la piadosa fundacion y recibiendo frecuentes y pingües legados y asignaciones, como, por ejemplo, la de 200 ducados que en 1614 señaló el Ilmo. D. Luis Fernandez de Córdoba, obispo de Salamanca á la sazón; acrecentados así por los devotos de la Cofradía los fondos de esta, hubo de reformar y ampliar sus constituciones en junta que se celebró en dicho año de 1614 en la capilla del Espíritu Santo, sita en el claustro del convento de San Francisco; y asegura el historiador de quien tomamos estas noticias, que en su tiempo, ó sea á los fines del siglo XVIII, florecia aún é iba en aumento la asociacion dedicada al socorro de los infelices privados de libertad (2).

Otras varias instituciones análogas fuéronse creando posteriormente, y algunas de ellas, como la Hermandad de la Paz y Caridad, han llegado á nuestros dias en el desempeño de su humanitaria tarea. Si esto, pues, acontecia en tiempos en que el espíritu de asociacion estaba mucho menos desarrollado, y en los que las cofradías religiosas miraban, por lo general, como secundarios todos los fines que no tocaban directamente al culto, ¡cuánto mas fecunda y prove-

(1) Dorado, obr. y lug. cit.

(2) Ibidem.

chosa no podría ser hoy la caridad libre y encaminada á objetos mas concretamente definidos, y realizados por asociaciones que á ellos especial y respectivamente aplicasen todos los medios y recursos propios para socorrer cada clase de necesidades!

Y para terminar, lo repetiremos, entre cuantas necesidades socorre la caridad bajo sus múltiples y variadas formas, pocas habrá mas dignas de atención y de remedio que las que sufren los infelices presos.

J. M. Escudero de la Peña.

LOS MINEROS.

Varias veces se ha ocupado LA VOZ DE LA CARIDAD de las diversas profesiones y oficios insalubres ó peligrosos, que exige el progreso constante del comercio, de la industria y de la civilización material, cada vez mas exigente.

Natural é ineludible es la ley del trabajo, que está además prescrita y santificada por precepto divino. Desde el sabio que, sentado cómodamente en su gabinete, hace cálculos científicos, hasta el rudo obrero que machaca piedra ó cultiva el campo, todos trabajamos ó debemos trabajar para nuestro propio ó el ajeno bienestar. No hacerlo así, fuera pereza perjudicial ó egoísmo vituperable.

Pero en ese inmenso taller ó campo de trabajo adonde concurren las fuerzas materiales ó intelectuales de la humanidad, no todas las tareas son iguales, ni suele el hombre ser libre para escojer la mas cómoda y tranquila. Si así fuese, todos preferirían los trabajos mas suaves y productivos y quedarían abandonados los demás, con grave perjuicio de la sociedad.

La localidad en que se vive, la profesion heredada, la afición y otras muchas circunstancias, influyen poderosamente para atraer obreros á las filas del trabajo mas ingrato. Por eso hay marinos que pasan su vida en continuo peligro de perderla, luchando con mares tempestuosos; militares que arrastran una existencia de fatigas, de privaciones y de luchas sangrientas; industriales de productos químicos, cuya confección es peligrosa ó mortífera; mineros que trabajan en las oscuras profundidades de la tierra; y otros varios trabajadores, que viven entre nosotros, que nos prestan sus servicios, aunque remunerados, y cuyos sufrimientos pasan, sin embargo, casi desapercibidos. Enfrente de esas secciones peligrosas y rudas del trabajo, la tarea tranquila del pintor, del tejedor ó del carpintero, aparecen casi como un privilegio de comodidad.

Hemos citado los mineros y no sin objeto, porque queremos llamar la atención de las personas compasivas sobre esa clase desgraciada. Apenas hay tarea mas desagradable, y pocas habrá mas peligrosas. La luz y el aire libre son las condiciones mas necesarias para la vida material, y hasta para el bienestar moral. Por eso el ciego es justamente considerado como el ser mas desdichado de la tierra, y el vivir en un calabozo ó en cuartos mezquinos privados de aire libre se conceptua como una muerte lenta, que va minando la vida del hombre y que influye siniestramente hasta en su carácter y en sus tendencias morales.

Todo esto se reúne en el minero. He aquí un bosquejo de su vida.

Apenas raya el dia, cuando todos saludan al sol naciente; el minero huye de su hermosa luz y de su vivificante calor y desciende, por rústica escala ó torno puesto en un pozo, á las profundidades de la tierra, con pico á la espalda y lámpara sujeta al cinto.

Allí hay una especie de ciudad subterránea y silenciosa; galerías-calles á derecha é izquierda, nuevos pozos, nuevas perforaciones por todas partes, para arrancar á la tierra los secretos donde oculta el mineral codiciado.

Puesto ya el obrero en aquel sitio, su trabajo es rudo y por todas partes le rodean grandes peligros.

Hay que romper masas de roca; y como la acción del pico perforador es lenta é insuficiente, se recurre para quebrantarlas á la pólvora y la dinamita; pero el cálculo de la fuerza explosiva de esos terribles agentes, obrando sobre una roca resistente, puede no ser exacto, y entonces el infeliz minero, al apartarse del reguero de pólvora quizás no se aparta de la muerte, que recibe herido y sofocado por una explosión del terreno, mayor de lo que habia previsto la ciencia.

La tierra es un compuesto de capas mas ó menos permeables, por las cuales discurren aguas subterráneas: un golpe de pico abre tal vez una fuente inesperada, que se convierte en un brazo de agua que inunda galerías y pozos, y hace víctimas anegadas, cual pudiera suceder en el mar.

Hay minerales que desprenden gases deletéreos ó irrespirables, los cuales, si se inflaman, buscan salida, y no hallándola, producen tremendas explosiones, que asfixian y destruyen cuanto se halla á su alrededor. Entonces ¡infeliz del trabajador que está dentro de la mina! ¡Infeliz del que baja valerosamente á socorrerle!...

Las galerías y pozos se entivan con maderos para evitar hundimientos; pero ni ese sosten llega siempre á tiempo, ni tiene á veces

la resistencia necesaria. Cuando esto sucede y se desmorona una pared ó un testero de galería, mueren aplastados ó encerrados en cavidades, cual sepulcros improvisados, los que trabajaban al abrigo de una entivacion, que se creyó garantía suficiente y desgraciadamente no lo fue.

Y aun sin estos accidentes extraordinarios, aunque la ciencia lo prevea todo y la naturaleza ayude mucho y se trabaje con precaucion y el laboreo siga su marcha ordinaria, sucede que, como el trabajo se hace siempre á la claridad de una débil lámpara, hay una pisada en falso al bajar por rústicas escalas, un golpe contra puntas salientes, y sobre todo una falta de aire puro y de luz natural, que viene á ser elemento constante de insalubridad, capaz de destruir lentamente los mas robustos organismos.

Despues de todo esto, el minero sube fatigado á la superficie de la tierra con objeto de descansar algunas horas y volver luego á su taller subterráneo, para repetir un dia y otro iguales trabajos y esponerse á los mismos peligros.

Tal es la vida del minero. Cierto es que se le paga mas que á los obreros de otras industrias; verdad es que en esto hay un contrato libremente aceptado; pero ese libre albedrío se convierte de hecho en una necesidad para el que vive en un pais donde la agricultura da poco, y donde el laboreo de las minas ofrece el aliciente seductor de algun mayor jornal. En busca, pues, de esa honrada ganancia para el sustento de su familia, el minero deja el trabajo alegre del campo y baja al lóbrego pozo de la mina.

Cuando los hombres, y especialmente las mujeres, se envanecen con alhajas y con ricos aderezos, bueno sería recordasen que los diamantes, las demás piedras preciosas, el oro y la plata con que se adornan para realzar su belleza ó satisfacer su vanidad, han sido arrancados de las entrañas de la tierra por la ciencia del ingeniero y por el trabajo de los mineros. Justo, pues, sería que los que así gozan con los productos de ese trabajo, dedicasen alguna parte del suyo á mejorar la suerte de tales obreros.

¿Cómo? se preguntará acaso. Facil es la respuesta, porque siempre se encuentran facilidades para el bien, sabiéndolas buscar con buena voluntad.

El primer medio de mejorar la condicion de los mineros, es pensar en ellos y ocuparse algo de su suerte. Cuando ese pensamiento y esa ocupacion lleguen á influir, como ciertamente influirán, sobre el ánimo de los dueños ó explotadores de las minas, estos no se harán sordos á esas influencias humanitarias y cuidarán de reglamentar espontáneamente las horas y condiciones del trabajo, de hacerlo mas

sano y seguro en lo posible; de formar Montes de piedad para las necesidades, Cajas de ahorros para la economía y asilos para los inválidos del trabajo; y de ejercer, en fin, sobre estos obreros ese protectorado tan útil y tan conveniente para fundir en un lazo inapreciable la benevolencia y la caridad de los dueños de las minas, y la gratitud y laboriosidad de los que se ocupan en su explotación.

Obrando así, la riqueza minera, tan importante en España, progresará en vez de decrecer, y no se repetirán, por falta de pretextos, las escenas de sangrientas sediciones y de huelgas perturbadoras, como algunas, aunque pocas veces, han ocurrido en nuestros centros mineros.

Antonio Guerola.

UNA PETICION DE INDULTO.

(Del libro titulado *Le dévouement.*)

No es fácil asegurar si el capitán Lapouloff había conspirado contra Pablo I, Czar de todas las Rusias. Sus enemigos lo afirmaban, pero el acusado se defendía con la enérgica indignación de la inocencia calumniada; sabía el castigo que seguiría á su sentencia, y la sentencia se dictó.

Al abandonar á San Petersburgo, montó en una miserable *tibithka* con su familia, que se componía de su mujer, criatura llena de abnegación, y de Prascovia, linda niña acostumbrada hasta entonces á las comodidades y bienestar de la vida.

Algunos contados amigos fueron á decir adios á los desterrados. La familia llorando les gritó en un postrer sollozo: «¡Que no nos volvamos á ver!»

Es el único deseo cristiano que semejantes proscritos pueden consagrar á los que aman. Como no tienen la esperanza de volver, desean no encontrarse mas con los amigos que van á dejar; porque para volverlos á encontrar en este mundo, sería preciso que ellos también fuesen enviados á la Siberia. Estas palabras, «que no nos volvamos á ver,» resumen todos los votos del eterno adios.

Quizá porque la intervencion de alguna influencia poderosa hubiese suavizado el rigor de la sentencia, Lapouloff no fué enviado ni á las minas, ni siquiera á la alta Siberia; se le señaló como residencia la pequeña aldea de Ischim, distante solo pocos kilómetros de la ciudad de Tobolsk, donde era posible, para el desterrado, crearse algunas relaciones.

Alquiló un *isba* y se instaló en él con su familia. La suma de diez copecks (dos reales) que se le había asignado para su subsistencia, estaba lejos de alcanzar á cubrir las necesidades de tres personas, y Lapouloff tuvo que suplir su insuficiencia con el trabajo.

Resignada con su nueva situación la joven esposa, no retrocedía ante ninguno de esos trabajos y cuidados domésticos que en otro tiempo hubiera encomendado á los mas miserables mugicks. En cuanto á la pequeña Prascovia, amoldada en la escuela de la desgracia, aprendió á imitar á su madre; á medida que fué creciendo, la linda niña se hizo, no solo una activa muger casera, sino tambien laboriosa jornalera. Así es que desde que sus fuerzas se lo permitieron, ayudaba á los segadores durante la época de la cosecha, y era de ver lo orgullosa que volvía á su *isba* trayendo su hacecito de trigo. En la aldea se ponía al servicio de las mugeres enfermas y cultivaba el huertecillo de su casa. En medio de esta vida de privaciones y de miseria, la sonrisa y el contento comunicativo de Prascovia hacían penetrar en el corazón de sus padres un rayo de su propia alegría.

Si despues de algunos años pasados en Ischim ni la joven ni su madre se quejaban de su suerte, no le sucedía lo mismo al capitán Lapouloff. En vano se había esforzado por aceptar su sentencia á perpetuo destierro; cuanto mas se prolongaba la duración de aquel destierro, menos fuerza sentía para sufrirlo. Aunque el espacio que le rodeaba era inmenso, experimentaba en su desierto la angustia de una estrecha prision, y por decirlo así, se ahogaba en medio de sus estepas de nieve.

Violentado su orgullo, que se rebelaba contra la injusta sentencia de que era víctima, redactó una petición y la dirigió al gobernador de la Siberia. Partió su súplica, gracias á la deferencia de un oficial, que prometió al capitán entregarla en persona y encomiar además los derechos del desterrado á la clemencia del emperador.

¿Desempeñó su comisión el oficial? ¿Permaneció inflexible el gobernador? Se ignora; pero lo cierto es que Lapouloff no tuvo respuesta alguna. Su tristeza se convirtió en desesperación, robó á Prascovia la calma de su existencia y el reposo de su corazón.

Acababa de cumplir quince años. Su resignación le había dado hasta entonces fuerza bastante para soportar todas las miserias; pero se encontró débil ante la irritación y el desaliento de su padre. Pensando en lo que podría hacer para devolverle el valor, se iba á menudo sola á la campiña desierta, ó bien, sentada bajo el follaje siempre verde de algunos abetos, pedía consejo á Dios. Un día creyó haber encontrado la inspiración que imploraba como una gracia de la bon-

dad divina; elevó entonces al cielo mirada de gratitud, apoyó ambas manos sobre su corazón, como para hacer penetrar mejor en él la resolución que acababa de tomar, y en seguida regresó á su casa con el semblante radiante de gozo.

Por de pronto no habló de su proyecto. Consistía nada menos que en ir á San Petersburgo á pedir el indulto de su padre, tarea inmensa que no temía imponerse, por mas que el recuerdo, aún no borrado, de su viaje, le representase las dificultades y los peligros del camino.

Cuando quiso por la primera vez confiar á sus padres el sueño que su amor filial se lisonjeaba de poder realizar, la palabra espiró en sus labios. Temiendo, no una burla, sino una prohibición formal que el respeto no le hubiera permitido infringir, fijó, para darse ánimo, una fecha precisa para hacer su confidencia. Llegado el momento, Prascovia, despues de su oración á Dios y sus genuflexiones ante las imágenes de los ángeles protectores del hogar, aprovechó un momento en que el capitán estaba solo, y entonces, enlazando sus brazos al cuello de su padre, le confió su proyecto.

Lapouloff se echó á reir, y en cuanto volvió su mujer le refirió lo que él calificaba de idea insensata de una niña.

Pero, cuanto mas grande y generoso es el pensamiento que germina en un joven corazón, tanto mas se apodera de él y en él se desarrolla. La hija del desterrado, rechazada y ridiculizada, no se desanimó. Antes de vencer las dificultades que la esperaban, tenía que triunfar de la oposición de aquellos á quienes habia resuelto salvar. Con la suave obstinación, que es la fuerza de los débiles, volvió á suscitar cada dia la cuestión del viaje, esforzándose en demostrar que no era superior á sus fuerzas.

—¡Eres tan delicada! decía su madre.

—Dios me sostendrá, respondia Prascovia.

—¡Somos tan pobres!....

—Los hombres son caritativos.

—Pero vas á perecer en el camino.....

—Mi padre se muere lentamente aquí.

En efecto, el capitán se debilitaba cada dia mas; su mujer sufría también cruelmente, y aun estuvo á punto de sucumbir á una gran enfermedad. Prascovia no se separó de su lado, y tuvo el gozo de ver á la moribunda volver poco á poco á la vida, gracias á la asiduidad de sus inteligentes cuidados. El feliz éxito de sus servicios le granjeó una grande influencia sobre el ánimo de sus padres, influencia de que se aprovechó para volver á hablar del proyecto que era su constante preocupación. Lapouloff y su mujer, creyendo desanimar-

la, le hicieron considerar la dificultad de obtener un pasaporte. Prascovia entonces rogó á un desterrado, vecino suyo, que redactase una solicitud en su nombre: seis meses despues recibia el pasaporte. Su madre fue la primera que cedió, y consiguió hacer á su marido participar de la conviccion de que resistir á la generosa obstinacion de su hija, era oponerse á la voluntad del cielo.

En fin, una mañana del mes de setiembre Prascovia, que acababa de cumplir diez y ocho años, recibió de rodillas la bendiccion de sus padres, y salió de la aldea de Ischim, llevando en una mano un saco de provisiones, en la otra un baston de viaje y en el bolsillo un rublo de plata (15 rs.)

Unas cuantas muchachas que iban á otro pueblo distante algunos kilómetros la acompañaron al principio, lo que distrajo algun tanto la amargura del último adios; pero bien pronto se encontró sola y como perdida en medio de las llanuras de nieve. El sentimiento de su debilidad y su islamiento la hubieran agoviado, si no hubiese tenido cuidado durante el camino de reanimarse con la oracion. Prascovia, ignorante de todas las cosas del mundo, se imaginaba que caminando adelante en línea recta, llegaria muy pronto á la frontera de la Rusia europea. Pero, á medida que los dias y las semanas pasaban, aquella frontera parecia alejarse cada vez mas.

Cuando sus fuerzas agotadas obligaban á la pobre niña á buscar un asilo á fin de lograr algo de descanso, era á veces amistosamente acogida; pero á veces tambien la rechazaban como á una vagabunda, ante quien la desconfianza hace cerrar todas las puertas.

A menudo encontró durante el dia honrados aldeanos que, conmovidos al ver su cansancio, consentian en hacerle sitio en sus trineos; pero frecuentemente, por la noche, no tuvo otro albergue ni otro lecho que la piedra desnuda bajo el pórtico de una iglesia. La viajera sufrió tempestades, cuya violencia hubiera espantado á cualquiera otra. Con un sencillo vestido de tela, sin *tulupa* para defenderse del frio y la lluvia, no siempre encontraba en su camino un *isba* hospitalario donde le permitiesen secar sus ropas junto á la gran estufa.

Habiéndose extraviado en un bosque, pasó Prascovia una noche terrible. Cuando llegó el dia, se encontró á la entrada de una aldea, y fue, aniquilada, enferma y con los pies ensangrentados, á implorar en vano la compasion del *staroste* (*). Una mujer que la vió, conmovida ante el esceso de su miseria, la llevó á su casa y la tuvo consigo muchos dias. Un aldeano á quien refirieron la historia de Pras-

(*) Alcalde.

covia, le regaló un par de botas, y la joven volvió á emprender su camino.

A la verdad, con un rublo para ir desde Tobolsk á Petersburgo, no podia lisonjearse de poder pagar el albergue y la comida cuando la fatiga y la necesidad la obligaban á pedir uno y otro; pero trataba de pagar á los que la hospedaban, prestándoles los servicios de una criada.

En un *isba*, adonde habia acudido á pedir hospitalidad, corrió el riesgo de ser asesinada, pues los que la habian acogido suponian que llevaba oculta una gran suma de dinero en los andrajos que la cubrian. Salvada de este peligro, cayó pocas horas despues en otro. Una jauría de perros salvajes, casi tan temibles como los lobos, la acometió y la hizo girones los vestidos; ella se arrojó de bruces contra el suelo, y esperó inmóvil la muerte. La Providencia trajo en su auxilio á un honrado y robusto aldeano, que puso en fuga á la horrible jauría.

Pero el furor de los perros salvajes y aun los malos designios de los ladrones, no amenazan al viajero con un peligro comparable al que le hace correr la tempestad conocida con el nombre de *barrenieve*.

Desde el momento que se la oye mugir, se llenan los precipicios y desaparecen los caminos. El viento barre y levanta la nieve, la hace rodar en torbellinos y la acumula en montañas movibles; estas, al cambiar de lugar en sus inmensas llanuras, derriban, aplastan y sepultan bajo el mismo manto de hielo los rebaños y las caravanas.

Prascovia, milagrosamente salvada de la tormenta, tuvo que esperar, para continuar su viaje, el paso de un convoy de trineos que se dirigia á Ekatherinemburgo; pero estaba tan miserablemente vestida, que los encargados del correo le negaron al pronto el asiento. Un honrado conductor, movido á compasion, le echó sobre los hombros su abrigo de pieles de carnero; todos entonces se empeñaron en prestarle por turno el suyo, hasta que llegaron á la ciudad de Catalina.

El ama de la casa donde se apeó, le indicó la de una señora cuya caridad era conocida de todos. Prascovia, antes de ir á presentarse á aquella señora, se fué á orar al templo. Lo extraño de su traje hizo fijarse en ella todas las miradas, y su recogimiento excitó la general simpatía. Una de las fieles, que la habia observado particularmente, se le acercó en el momento en que salia de la iglesia, y le preguntó quién era y á dónde iba.

Desde aquel momento, Prascovia tuvo una protectora; pasó el invierno en Ekatherinemburgo; enferma de una afeccion de pecho,

fué cuidada por una señora llamada Millia, que se ocupó además de su instruccion. El capitan Lapouloff carecia absolutamente de libros en Siberia, y Prascovia habia olvidado todo cuanto aprendiera antes de seguir á su padre al destierro.

En el momento de separarse de su protegida, la generosa señora tomó para esta un asiento en una barca que descendia por el Kama, afluente del Volga, y confió la viajera al cuidado de un hombre que trasportaba á Nijni-Novgorod un cargamento de sal. Por desgracia, aquel hombre cayó enfermo, teniendo que detenerse en una posada, y Prascovia se encontró de nuevo abandonada.

Un dia, durante su viaje por el Volga, una torpe maniobra de un barquero, la precipitó en el rio juntamente con otros dos viajeros. La joven fué sacada del agua, pero, como no tenía mas que un solo traje, se vió obligada á conservar puestas las ropas empapadas en agua.

Al llegar á Novgorod, donde no conocia á nadie, Prascovia se apresuró, segun su costumbre, á dirigirse á la iglesia. En el momento en que entró en ella, dulces voces de mujeres cantaban detrás del coro; la hija del desterrado hizo voto delante del Crucifijo de tomar el velo, si el Señor le concedia el indulto de su padre. Cuando vinieron á cerrar las puertas del templo, suplicó que la dejaran pasar en él toda la noche. La superiora del convento anejo á la iglesia vino á verla, se enterneció al oir su historia y la estrechó entre sus brazos con un cariño maternal. Prascovia, recibida en la casa de caridad, esperó allí la época de los trineos. Provista de una carta de recomendacion que le proporcionó la superiora, llegó á Moscou, y de allí se trasladó rápidamente á Petersburgo. Cuando entró en la ciudad de Pedro el Grande, hacia diez y ocho meses que con un palo en la mano y un rublo en el bolsillo habia salido de la aldea de Ischim.

La princesa de F....., á quien iba dirigida la carta de recomendacion, acogió como á una amiga á la que acababa de cumplir tan piadosa peregrinacion, y le logró una audiencia de la emperatriz viuda, madre del emperador Alejandro I.

María Feoderowna la recibió en un gabinete, la escuchó, la admiró, y le prometió en nombre de su hijo un indulto, comprado con tan grande acto de heroismo. Dos dias despues, el Czar ratificaba la palabra de su madre.

—Esto es para vuestro padre, dijo á la joven; ¿qué deseais para vos?

—El mismo favor, que he prometido de vuestra parte á dos antiguos desterrados, nuestros buenos vecinos.

Algunos dias despues se trasladó á Kieff, y ante la tumba de Santa Olga pronunció sus votos.

En Novgorod fué donde tuvo la dicha de estrechar en sus brazos á sus padres, que regresaban á Petersburgo.

Desde que hubo cumplido su mision, Prascovia, á quien habian quebrantado los sufrimientos, se fue debilitando de dia en dia. En el convento que habia elegido la hija del desterrado fue donde espiró, en la mañana del domingo 10 de diciembre de 1809. Se la encontró en su celda, pálida y fria como la nieve, con las manos cruzadas sobre el pecho y como sonriendo en su último sueño.

R.

FÁBULA.

EL HOMBRE Y LA GARZA.

—¿Quieres, le dijo la garza al hombre,
Que alguna nueva lleve en mis alas
Con raudo vuelo que el viento envidia,
Aunque recorra grandes distancias?

—Aún es mas raudo mi pensamiento,
Contesta el hombre: lenta es tu marcha.
¿Ves ese alambre que llanos cruza,
Sube á los montes, va por sus faldas?

Por él trasmito, que tú mas rápido,
Mis nuevas todas y mis palabras,
Que en el instante son conocidas
De las regiones mas apartadas.

—¿Quién te ha otorgado poder tan grande
Que sobrepuja tanto á la garza?

—Dios, que en mí puso la inteligencia,
Y que á su imagen hizo mi alma.

Angel Lasso de la Vega.
